

No atreviéndose D. Pedro á conservar á D. Alfonso en sus antiguos Estados, le hizo trasladar secretamente á las Azores, en cuyo punto pasó seis años en medio de violentos ejercicios que le convenian mucho mas que los graves trabajos de la política. Pero la España, que no podia consolarse aun de haber perdido el Portugal, no le permitió vivir tranquilo, consistiendo su proyecto en asesinar á los que custodiaban á D. Alfonso, en apoderarse de él y en casarle con la hermana de Felipe IV. Castelmelhor era el alma de la conspiracion y Alfonso VI la hubiese aprobado ó no, es lo cierto que fué su víctima, pues mientras muchos de los grandes señores portugueses expiaban en el cadalso su culpable inteligencia con la corte de Madrid, D. Pedro no quiso que su hermano continuase en las islas Azores, á disposicion de todos los ambiciosos que quisiesen servirse de él como instrumento, y le hizo encerrar en el castillo de Cintra, á algunas leguas de Lisboa. El desgraciado Alfonso vivió allí nueve años, en un estrecho cautiverio, sin mas consuelo que el que le procuraba de vez en cuando la complacencia del duque de Cadaval, su custodio. En las baldosas del aposento en que vivia, se ven aun las huellas de sus pasos en los continuos paseos que hacia para distraerse. Cuando murió, se le enterró en un ataúd de madera, detrás del altar mayor del monasterio de Belen, y el regente, su hermano (porque D. Pedro no tomó hasta entonces el título de rey) no le concedió ninguno de los honores del poder real que le habia usurpado.

CAPÍTULO XIX.

Desde D. Pedro hasta Pombal (1683-1750).

GOBIERNO DE DON PEDRO; DESGRACIAS EN EL ESTE; DESCUBRIMIENTO DE ABUNDANTES MINAS EN EL BRASIL (1699).—EL PORTUGAL SE CONVIERTE EN BREVE EN INGLÉS; TRATADO DE SIR METHUEN (1703)—TRIUNFOS Y MUERTE DE DON PEDRO; JUAN V CONTINÚA LA GUERRA; QUEDA VENCIDO; ESTÉRILES TRATADOS DE 1713 Y 1715.—JUAN V PROCURA VIVIR EN PAZ.—DECADENCIA DE LAS COLONIAS; JUAN V DESPILFARRA SUS RIQUEZAS; SU TRISTE FIN.

Gobierno de D. Pedro; desgracias en el Este; descubrimiento de abundantes minas en el Brasil (1699).

Desde el día en que Castilla cesó de pretender oficialmente la

corona de Portugal, los reyes de este país pudieron fijar toda su atencion en la prosperidad de sus Estados y era lícito esperar el renacimiento del antiguo esplendor de Lisboa. Sin embargo, así los hombres como las cosas habian cambiado completamente desde aquella gloriosa época; el despotismo habia sucedido á la libertad, el fanatismo á las luces, la molice á la energía; y apesar de la buena voluntad de la nueva dinastía, los buenos tiempos de Portugal habian pasado para no volver.

Hemos visto como esta decadencia, tan sensible ya en Europa, de la que el Portugal no es mas que un Estado secundario, habia tomado grandes é irremediables proporciones en el Oriente. Las colonias portuguesas solo eran un glorioso recuerdo y onerosos restos de lo pasado. ¿Qué importaba en efecto, que los holandeses, en lugar de conservar el monopolio del comercio asiático, permitiesen á los ingleses y franceses sentar en las Indias los primeros fundamentos de una poderosa dominacion? Los portugueses eran demasiado débiles para que la rivalidad de estos tres pueblos pudiese servirles de provecho alguno. Fuese cual fuese el pretendiente que lograra apoderarse del objeto codiciado, los portugueses no podian pensar en disputarle su triunfo.

Es cierto que no sucedia lo mismo en Occidente, en aquel Brasil tan despreciado. La agricultura hacia progresos en aquella region, y algunos de los colonos, avanzando hácia el interior del país, descubrieron abundantes minas de oro. Al saberse semejante noticia, y sobre todo al ver el precioso mineral (1699) los portugueses se abandonaron á una inmensa alegría, y poco les importó el haber perdido las Indias, pues el Brasil les iba á dar mucho mas de lo que les habian valido las especias, los géneros y los perfumes del Oriente. El mismo rey D. Pedro acogió entusiasmado tan alhagüeñas esperanzas, y murió en medio de los sueños de oro que le hacian entrever los tesoros de la América meridional.

¿Pero tenian realmente los portugueses y su soberano motivo para tanta alegría? Por mucho valor que tuviesen aquellos preciosos metales, no residia en ellos la riqueza, sino en el trabajo. Las minas se agotan, pero el trabajo jamás. El oro y la plata son únicamente los signos y de ninguna manera los productores de la riqueza. Ahora bien ¿qué es lo que aconteció al Portugal y

al Brasil? Que dejando á un lado la agricultura y la industria, fuente verdadera de prosperidad, los portugueses solo pensaron en sus minas. ¿A qué trabajar en adelante? ¿No tenían acaso en América el dinero para pagar á los que trabajasen por ellos? Sin embargo, á falta de la economía política que entonces no existía aun, los portugueses tenían ante su vista el elocuente ejemplo de la España arruinada así por los tesoros del Perú, como por el fanatismo y la loca ambición de su gobierno.

El Portugal se convierte en breve en inglés; tratado de Sir Méthuen (1703).

La Inglaterra que conoció el error cometido por Portugal, no tardó en aprovecharse de él.

Desde la época en que justamente irritado el Portugal del abandono en que le había dejado la Francia, había vuelto su vista hácia la Gran-Bretaña, la corte de Londres tuvo mucho cuidado en mantener con la de Lisboa las mas amistosas relaciones. Luis XIV se esforzaba en vano en aumentar la influencia francesa, y la Inglaterra conservaba siempre el primer puesto, gracias sobre todo á su ministro Soutwell, cuyas hábiles negociaciones contribuyeron poderosamente á la paz de 1668 con Castilla. Sin embargo, en el mismo momento en que esta intimidad parecia mas íntima que nunca, la Inglaterra no temió demostrar hasta qué punto era amiga de Portugal. Pasaba esto en 1664, y se trataba de Tanger que Carlos II había resuelto abandonar, apesar de los inmensos trabajos que había hecho ejecutar allí en interés de su poderío marítimo, prefiriendo los ingleses hacer saltar las fortificaciones de aquella ciudad y entregarla á Marruecos antes que devolverla al Portugal. Rehusaron todos sus ofrecimientos, no hicieron caso de sus súplicas, y no se apiadaron de aquel monumento de su antigua gloria, de las tumbas amenazadas de profanacion, ni de sus iglesias, las cuales los musulmanes debían convertir en mezquitas. En una palabra, no querían, al restituir Tanger á los portugueses, colocar en sus manos una posición que se consideraba generalmente como la llave del Mediterráneo.

Ya fuese que semejante conducta hubiese profundamente irritado á D. Pedro, ya que no teniendo nada que temer de Cas-

tilla, la corte de Lisboa quisiese emanciparse de la especie de tutela en que estaba desde mucho tiempo, lo cierto es que el gobierno de Portugal se mostró algo menos deferente con la Inglaterra á fines del siglo XVII; y cuando en 1700 el duque de Anjou, Felipe V, fué á tomar posesion de la monarquía española, Portugal fué una de las primeras cortes que le felicitaron por su advenimiento al trono. Al siguiente año, hizo aun mas, pues se apresuró á asociarse á la alianza de la Francia y de la España contra aquellos á quienes disgustaba la prodigiosa fortuna de la casa de Borbon (1).

Esta prudente política de D. Pedro, no duró por desgracia sino dos años, al cabo de los cuales las potencias marítimas, la Holanda y la Inglaterra, lograron persuadirle de que no podía razonablemente esperar el respeto de su independencía por parte de la ambiciosa familia de la que era gefe Luis XIV. Espantado D. Pedro con las amenazas, y seducido por las promesas (2), rompió con la Francia para tomar parte en la formidable coalición que la Europa entera acababa de formar contra la Francia (1703) (3).

Era esto un gran triunfo para nuestros enemigos; porque la defeccion de Portugal descubria todo el flanco izquierdo de la España, y obligaba á Felipe V á dividir sus fuerzas, mientras que abria la península á las de la Inglaterra, de la Holanda y del Imperio; pero la Inglaterra, que en aquella gran cuestion solo consultaba los intereses de su marina y de su comercio, no se contentó con este beneficio colectivo, y no contenta con ha-

(1) Tratado de Lisboa, 16 de junio de 1701.

(2) Preciso es confesar que estas promesas eran muy seductorás y habrían sido necesarias grandes y poderosas razones para resistir á ellas. D. Pedro no tenía que hacer sino abrir sus puertos á los buques de Inglaterra y de la Holanda, poner en pié de guerra veinte y siete mil hombres, cuyos doce mil hubieran corrido á cargo de sus aliados; y reconocer al archiduque Carlos como rey de España, mediante lo cual se comprometían á hacerle obtener en Europa, las ciudades de Badajoz, Albuquerque, y Valencia de Alcantara, en el Este, en el Norte: Tuy, Guarda, Bayona y Vigo. En América, el distrito del cabo del norte de la Guyana, y en Asia, la isla de Main, en frente de Bombay, que el Portugal reclamaba hácia mucho tiempo como punto no comprendido en el dote de la reina Catalina, viuda de Carlos II.

(3) Tratados de Lisboa, 16 de mayo de 1703; de la Haya, 14 de agosto de 1703; de Turin, 25 de octubre de 1703.

ber separado el Portugal de la Francia, quiso reducirle á una provincia inglesa.

El digno agente de esta política fué sir Pablo Méthuen, embajador de la reina Ana en la corte de Lisboa, el cual suplicó al rey D. Pedro que estrechase por medio de una alianza comercial la intimidad de los dos pueblos. D. Pedro no supo ver el lazo que eubria esta proposicion, y efectivamente el 27 de diciembre de 1703 firmó el tratado de Méthuen, que se compone de dos artículos muy sencillos y muy cortos, extipulando lo siguiente: «Que los tejidos de lana ingleses serian admitidos en Portugal, y que por su parte la Inglaterra disminuiria de un tercio, con respecto á los vinos portugueses, los derechos de Aduana, á que sometería todos los vinos extranjeros (1).»

Al aceptar D. Pedro este tratado, lisonjeábale sin duda la idea de reanimar la agricultura portuguesa y de abrir á su país un magnífico mercado; pero fué todo ilusion, pues al paso que la Inglaterra no consumia bastante vino para enriquecer al Portugal, no tardó en importar á este pais no solo sus tejidos de lana, sino trigo, pescado y todo cuanto necesitaban los portugueses, ya para vestir, ya para alimentarse. Estos eran á la sazón harto ricos é indolentes, ó al menos pensaban serlo, para inquietarse por los males que las importaciones extranjeras causaban á su industria y á su marina. ¿No tenian acaso los

coltauo nro silopa no sup etc

ou plorano na ab y anrsan na ab 3331

(1) Este célebre tratado, el mas lacónico que se conoce, decia así.

Art. 1.º Su Sagrada Majestad real portuguesa promete en su nombre y en el de sus sucesores, admitir para siempre en Portugal, los paños y otras manufacturas de lana de los Bretones, conforme se hacia hasta que fué prohibido por las leyes, bajo la siguiente condicion.

Art. 2.º Que Su Sagrada Magestad real de la gran Bretaña estará obligada en su nombre y en el de sus sucesores, á admitir para siempre en Bretaña los vinos del suelo de Portugal, de modo que en ningun tiempo haya guerra ó paz entre los reinos de Francia y de Bretaña, no se exigirá aumento alguno sobre estos vinos bajo el nombre de aduanas ó derechos por otra cualquier titulo directa ó indirectamente, ya sean introducidos en la Gran Bretaña en pipas, en moyos, ó en otros vasos, de que lo que se exige por la misma cantidad ó medida de vinos franceses, deduciendo ó rebajando un tercio de este derecho; pero si en algun tiempo se contraviniere á esta reduccion, ó rebaja de derechos en el modo espresado, entónces Su sagrada magestad real tendrá nuevamente el derecho y la libertad de prohibir la importacion de las paños y otras manufacturas de lana británicas.

portugueses las minas del Brasil? ¿No ha dado Dios á los unos el trabajo, y á los otros los metales preciosos? y sin embargo, el resultado de todo esto fué que los ingleses reinaron en breve sobre Portugal del mismo modo que sobre una colonia; que la pereza degradó á aquel hermoso país, y en fin que todo el oro del Brasil bastó á penas para pagar el trabajo inglés. Añádase á esto que el tratado de Méthuen no tuvo por única consecuencia el entregar el Portugal á la Inglaterra, sino que la España experimentó tambien los efectos de este golpe. Dueña la Inglaterra de Gibraltar y de la extensa frontera que separa el Portugal de Castilla, el comercio inglés ya no tuvo que recurrir al contrabando para inundar con sus productos á todas las provincias vecinas; y como la industria española no se hallaba en estado de luchar con la de Inglaterra, la Península casi entera se halló convertida en un mercado inglés.

Triunfos y muerte de D. Pedro.

D. Pedro consagraba no obstante una parte de sus tesoros á los preparativos de guerra, y abria sus costas á los soldados de la coalicion inglesa; pero al menos pudo felicitarse del éxito de sus armas, porque no solamente el marqués de Las Minas, su general, sometió una gran parte de la Extremadura castellana, Salvatierra, Valencia de Alcántara, Albuquerque y Ciudad-Rodrigo, sino que tuvo el placer de conducir el mismo hasta Madrid al jóven archiduque que los confederados oponian á Felipe V (6 de junio de 1706) (1). Despues de haber sufrido durante sesenta años el yugo de los españoles en Lisboa, se comprende facilmente que los portugueses desearan á su vez dominar en Madrid, y el odio que profesaban al rey católico les arrastraba mas léjos de lo que aconsejaba una sana política. Mil veces mas les hubiese valido no satisfacer sus resentimientos que entregar la Península á los extrangeros.

En medio de estas victorias y de las esperanzas que las mismas engendraban, murió D. Pedro á los 9 de diciembre de 1706. La ambiciosa princesa que le elevara al trono, habia cesado de

(1) El archiduque habia desembarcado en Lisboa el 7 de marzo de 1704, conducido por buques ingleses.

existir en el año 1683, y D. Pedro se había enlazado en 1687, con María-Sofía de Neubourg, hija del conde palatino, la cual le sobrevivió.

Juan V continúa la guerra; queda vencido; esteriles tratados de 1713 y 1715.

El sucesor de D. Pedro solo contaba diez y ocho años: falto de experiencia y deseoso sin duda de igualar la gloria de su padre, no supo apartarse de la peligrosa política que seguía á la sazón el Portugal, y continuó tomando parte en la guerra de sucesión, con exclusivo provecho de la Inglaterra y de la Holanda.

Fué tanto mas deplorable esta política, en cuanto los triunfos de los coaligados no se mantuvieron á la altura que era de esperar. Apenas Juan V acababa de subir al trono, cuando Felipe V volvía á entrar en Madrid, en medio de entusiastas aclamaciones, y el duque de Berwick alcanzaba contra Las Minas y contra Galloway, la gran victoria de Almansa (25 de abril de 1707), en la que perdieron los portugueses trece regimientos, teniendo que desocupar las plazas de que se habían apoderado. Léjos de aprovecharse de la ruda lección que le daba la fortuna, se apresuró Juan V á estrechar por medio de un matrimonio, las alianzas políticas que su padre había contraído, y se casó con María Ana de Austria, hermana del emperador José I, y del archiduque Carlos, rival de Felipe V, celebrándose esta brillante union con las fiestas mas magníficas que el Portugal haya visto jamás.

Esto no impedía que Felipe V mejorase cada día su posición. Vencedor en Badajoz y en Villa-Viciosa, invadió á su vez el Portugal, y era evidente que sucediese lo que sucediese, Felipe V conservaría al menos la corona de Castilla. La victoria de los confederados en Zaragoza, pasó desapercibida entre tantos desastres.

Para colmo de desgracia, el Portugal estuvo próximo á perder el Brasil, esto es, la única posesion que le permitía figurar en adelante entre las naciones del mundo. En el mismo momento en que algunos aventureros acababan de descubrir las opulentas minas de Goyas y de Mato-Grosso, se vió llegar una armada hispano-francesa compuesta de siete navíos y de ocho fragatas,

mandadas por el valiente Duguay-Trouin: este no tuvo que apelar á la fuerza para forzar el paso de Rio-Janeiro, y luego que hubo desembarcado sus tripulaciones sin la menor resistencia, (14 de setiembre de 1714) soldados y habitantes evacuaron repentinamente la ciudad para salvarse en las montañas vecinas, llevando consigo cuanto tenían mas precioso.

El Portugal hubiera perdido el Brasil á no haber sido las graves atenciones que pesaban sobre la Francia, y tambien á ser mayores las fuerzas de que se había echado mano para esta expedicion. Duguay-Trouin debió pues contentarse con saquear Rio Janeiro, y con exigir á la ciudad la suma de seiscientos mil cruzados. En vez de conquistador, fué solo devastador; sin embargo, no dejó de ser un gran golpe el hacer experimentar á los portugueses las ventajas de la alianza inglesa, y el proporcionar á la extenuada Francia un botin de mas de veinte y cinco millones.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en Europa pudieron convencer á los portugueses de cuan errónea era su política, pues al tomar parte en las largas cuestiones que habían tenido origen en la sucesion de Carlos II, la Inglaterra no tenía mas que una sola idea, incendiar el Occidente entero, y á favor de la lucha, someter los mares á su imperio; alcanzado su objeto, destrozando los restos de la marina española y francesa, reduciendo el Portugal al estado de colonia, y asegurando su dominio en el Mediterráneo por medio de la pérdida ocupacion de Gibraltar y de Menorca, no tuvo ya interés en continuar la guerra; retiróse y fué la primera en aceptar las proposiciones de Luis XIV. Nada podia sin ella el débil Juan V, y preciso le fué negociar tambien, so pena de ser conquistado, y negociar sacrificando las alhagüñas esperanzas que los coaligados habían hecho brillar ante sus ojos. La paz de 1713 con la Francia extipuló que el rey cristianísimo renunciaba á toda pretension sobre el Brasil; que el rey Felipe V se arreglaría amistosamente con el Portugal; y que la Inglaterra garantizaría las condiciones extipuladas. La paz de febrero de 1715, con el rey Felipe V, devolvió á Portugal el territorio y la colonia del Santo Sacramento, en cambio de Albuquerque que había arrebatado á Castilla: de suerte que tanto dinero gastado, tanta sangre derramada, solo habían servido para extenuar y humillar

el reino, consagrando la preponderancia de la Inglaterra, á menos de que se considere como una compensacion suficiente el honor que se hizo á Juan V. nombrándole el primero en el texto del tratado.

Juan V procura vivir en paz.

Apenas salió Juan V de esta terrible lucha de doce años, cuando los venecianos le pidieron su apoyo contra los otomanos. Harto religioso para rechazar semejante súplica, se apresuró á enviarles el conde de Rio-Grande con algunas naves, sin otro interés que el de sostener á los cristianos contra los infieles; pero á pesar de las grandes cuestiones que aun dividian á la Europa, aquella fué la única guerra á la cual se dejó arrastrar. Juan V mantuvo las mejores relaciones con Castilla, y estrechó esta union por medio de dos matrimonios; el de su primogénito, José, *príncipe del Brasil*, con doña María Ana Victoria, hija de Felipe V, y el de la infanta Maria Bárbara, con el príncipe de Asturias (1728), y quizás pueden hacerse cargos á Juan V por haber llevado tan léjos su complacencia para con la España, consintiendo en el abandono de las Filipinas y en la permuta de la rica colonia del Santo Sacramento y de todo el norte de la Plata, con algunos terrenos del Paraguay, entre Ibiari y el Uruguay, poseidos por los jesuitas, quienes no quisieron desprenderse de ellos (1750). Sin embargo, á la sazón Juan V estaba ya moribundo, y el monge recoleto Gaspar de Incarnazao, que reinaba en su nombre, es el único responsable de tales concesiones.

Decadencia de las colonias: Juan V despifarra sus riquezas; su triste fin.

Tranquilo en Europa y patrocinado por la Inglaterra, ¿empleó acaso Juan V parte de las riquezas cada dia mas abundantes que el Brasil (1) derramaba en sus manos, para sostener las pocas colonias que le quedaban en las Indias? No, y mientras que los Mahrattas arrojaban á los portugueses de Sandomir, Salvette, Tana, Bacain, Serapour y Karauja, los holandeses, los ingleses y los franceses tuvieron libertad para pretender á la dominacion

(1) Los primeros diamantes del Brasil fueron descubiertos en 1728.

del Oriente. En vano el esforzado marqués de Lourical, que mandaba en el Brasil, se presentó en aquellos puntos con un cuerpo de doce mil hombres, pues si logró posesionarse de Salseta Pouda y Bardes, no pudo reanimar el espíritu público, y su expedicion no fué mas que un feliz accidente. El conde de Assuncar, que sucedió á Lourical, hizo aun mucho menos, y al cabo de poco tiempo no atreviéndose los vireyes de las Indias á habitar en el antiguo palacio de Albuquerque y de Castro, se relegaron modestamente en la pequeña poblacion de Panges. ¿A qué habia venido á parar la espléndida Goa, Diu y Calicut, la reina del Malabar? En ruinas; un siglo habia bastado para reducir á la nada tan poderoso imperio!

Léjos de consagrar Juan V á tan útiles empresas los tesoros con que le favorecia la fortuna, dejó perecer la marina, el ejército y la administracion, pretendiendo igualar el fausto de Luis XIV, olvidando al obrar así que este soberano hallaba en la industria de su reino todos los elementos del lujo que él desplegaba, mientras que el Portugal no podia menos de arruinarse en provecho de los extrangeros. Fueron tales los gastos de Juan V en obsequiar á sus cortesanas y favoritas, que siguiendo su ejemplo todos los grandes señores, no tardó la miseria en llamar á las puertas de la corte, y esto apesar de la América. Se ha calculado que desde 1699 á 1756, salieron del Brasil dos mil cuatrocientos millones, reteniendo el Portugal una parte muy insignificante: la mayor suma pasó á la Inglaterra ya en pago de las mercancías que esta nacion enviaba á Portugal, ya como precio del transporte de los metales, transporte que habia sabido apropiarse.

Pero no era bastante aun que la Inglaterra percibiese tan crecido impuesto sobre la indolencia portuguesa, pues no menos celoso D. Juan V de las prácticas religiosas que de los placeres, imaginó solicitar el establecimiento de un patriarca legado en Lisboa y para que Roma accediese á ello, fué preciso gastar sumas enormes, sucediendo lo mismo para lograr que Portugal poseyera, bajo dicho patriarca, una iglesia latina parecida á la de San Pedro, con setenta canónigos mitrados y una pensión de cinco mil cruzados cada uno. Añádase á todo esto, la construccion del hermoso convento de la Mafra, para trescientos frai-

les, y con un parque de veinte kilómetros; las suntuosas procesiones, las colecciones de libros piadosos, y lo que es peor aun los *autos de fe* que la Inquisición le hacia celebrar con gran pompa, y se reconocerá que Juan V gastó quinientos millones en materias religiosas, lo que le valió el título de *Rey fidelísimo* que le concedió Roma en 1748.

Cuando tales locuras deshonran á un reino entero ¿es permitido rehabilitar al príncipe solo porque haya fundado una Academia portuguesa y una Academia de la Historia? ¿Porque haya suavizado las costumbres nacionales enervándolas? ¿Porque haya introducido en sus estados las modas francesas y la música italiana, en lugar de una verdadera civilización? ¿Pero cómo explicar, que lejos los portugueses de maldecir la memoria de Juan V la tengan por el contrario, en gran veneración? Esto es efecto de que las riquezas del Brasil habian herido á todos de un mismo vértigo, porque la fastuosa piedad del monarca era conforme al gusto de la nación, y porque aun cuando se ocupase mas de las cuestiones teológicas que de las de administración, era sin embargo accesible y generoso para con sus súbditos. En una palabra, el aprecio que Portugal ha tenido á Juan V nos parece su propia condenación. ¿Qué es la guerra sin grandeza, la paz sin prosperidad, una devoción sin piedad? Tal es el cuadro que presenta el reinado de D. Juan. No insistiremos en la definitiva abolición de las antiguas libertades portuguesas, cuya sola forma habia sobrevivido, pero Juan V tampoco convocó las *córtes á fin de que la tranquilidad pública no fuese alterada en lo mas mínimo* y nadie reclamó. El régimen de la Inquisición habia producido su efecto.

Los últimos días de Juan V fueron tan tristes, como brillantes habian sido los pasados tiempos. Atacado de parálisis en 1744, halló algun alivio en los baños de Caldas de Rainha; pero su mejoría fué pasajera, y el monarca languideció rápidamente lejos del lujo de que tan ávido se habia mostrado. El verdadero rey de Portugal fué desde entonces el recoleto Gaspar, el cual, menos hábil aun que su soberano en el arte de gobernar, tuvo sin embargo el mérito de ser mas económico. Hacia algun tiempo que Juan V habia dado en la costosa manía de mandar celebrar misas para descanso de los portugueses cuya muerte llegaba á su noticia, y con este motivo Gaspar tuvo cuidado de ocultarle las

defunciones que ocurrían en Lisboa, por temor, como decia, de que, *enviase á todos los vivientes al infierno para sacar del purgatorio á los difuntos.*

CAPÍTULO XX.

José I y Pombal (1750-1777).

JOSÉ I NOMBRA MINISTRO AL MARQUÉS DE POMBAL.—NACIMIENTO Y JUVENTUD DE POMBAL.—ESTADO DE PORTUGAL EN 1750; PRIMEROS ACTOS DE POMBAL; REANIMA EL COMERCIO.—REFORMA DE LOS IMPUESTOS; EDICTO SOBRE EL ORO BRASILEÑO; EL MINISTRO ATACA EL MONOPOLIO INGLÉS.—LAS IDEAS FRANCESAS; POMBAL SE ATREVE A REFORMAR EL CLERO.—TERREMOTO EN LISBOA.—HONROSA CONDUCTA DEL MINISTRO EN PRESENCIA DE TAN GRAN DESASTRE.—SUS ENEMIGOS CONSPIRAN EN VANO CONTRA ÉL; POMBAL SACA PARTIDO DEL TEMBLOR DE TIERRA PARA LA REGENERACION DE SU PAÍS.—POMBAL INSTITUYE LA COMPAÑÍA DE OPORTO PARA LA EXPORTACION DE VINOS; SUBLEVACION; REPRESION TERRIBLE.—LA ALTA NORLEZA CONSPIRA CONTRA JOSÉ Á FIN DE DERRIBAR Á POMBAL.—TERRIBLE JUSTICIA DEL MINISTRO; SU TRIUNFO.—POMBAL ATACA Á LOS JESUITAS.—LESMEZCLAENLA CONJURACION DE AYEIRO Y LES EXPULSA (1759).—POMBAL OBTIENE MAS TARDE SU ABOLICION; RECONCILIACION CON ROMA.—UNA NUEVA GUERRA COLOCA Á PORTUGAL BAJO EL PROTECTORADO DE LA INGLATERRA (1761-1763). ORGANIZACION DEL EJÉRCITO.—CONTINUAN LAS REFORMAS; PROSPERIDAD Y CIVILIZACION.—LAS COLONIAS EXPERIMENTAN LA INFLUENCIA DE POMBAL.—AUTORIDAD ABSOLUTA PERO SALUDABLE DE POMBAL.—MUERTE DE JOSÉ I (1777).

José I nombra ministro al marqués de Pombal.

El sucesor de Juan V no parecia estar predestinado para rehabilitar la decaída monarquía portuguesa; dotado José I de un mediano talento, habia recibido de su padre una superficial educación; y á pesar de contar ya la edad de treinta y seis años, no hacia el menor esfuerzo para salir de su ignorancia ni para iniciarse en los negocios. En vano fué que la conducta del padre Gaspar deshonrase el reino; José I no se habia acordado jamás de que era príncipe real, y en lugar de emprender con energía la defensa de la abatida patria, habia aguardado en medio de los placeres y conciertos, la hora de su subida al trono. Sin embargo de esto, el reinado de José I figura entre los mas bellos perio-